

Esta es la principal y capitana,
 A quien siguen por orden y en hilera
 Ciento y cincuenta vasos, donde ufana
 Va caminando la fiereza fiera:
 Allí la gente de la gran Tabana,
 Postrera en orden, y en valor primera,
 Rompiendo va las aguas, y allí envía
 Sus tercios la soberbia Andalucía.

En caballos ligeros lleva á punto
 Tres veces cien mil tábanos gallardos;
 Cien mil piqueros lleva, y á estos junto
 Otro número igual de agudos dardos;
 Cien mil bocas de fuego, á cuyo punto
 Salen veloces de los cuerpos tardos
 Mil almas sin defensa del almete;
 Que no la tiene el tiro de un mosquete.

Este mosquete es arma que declara
 Ser por su nombre de la mosca hechura,
 Que rayos velocísimos dispara
 Llenos de fuego, por su boca oscura:
 Ninguna malla su furor repara,
 Ni hay resistencia al impetu segura;
 Arma en efecto fiera y enemiga,
 Que la mosca inventó contra la hormiga.

En todos son seiscientos mil soldados
 Los que el tábano rey furioso embarca,
 Que, de instrumentos bélicos cargados,
 Van en ayuda del moscon monarca:
 Esta legión de tábanos alados
 Que el largo espacio de su reino abarca,
 Arma de picas, dardos y arcabuces,
 Y los tercios de moscas andaluces.

El avellano, el pino y la noguera
 Le dieron los costosos materiales
 Para poder juntar tanta galera
 En los cerúleos címicos cristales:
 Por ellos sulca la caterva fiera
 En setecientas máquinas cabales,
 Llevando entre los remos y las velas
 Barcos, bateles, fustas, carabelas.

No ha visto nunca el suelo cristalino
 Armada tan vistosa en siglos largos,
 Desde que del dorado vellocino
 Dió el robador el marino de Argos:

El número de gente que allí vino,
 Los trajes, las naciones y los cargos,
 Si tuviera cien lenguas y cien bocas,
 Fueran para contarlo todas pocas.

Tres días cantando por el mar caminan,
 Facilitando el viento su viaje;
 Aire contrario ó calma no imaginan
 Que les estorbe el próximo paraje:
 Ya que á la orilla corva se avencinan,
 Contempla entonces el mosquil linaje,
 Y el són de las trompetas y clarines
 Meten en la estacion de los delfines.

Pero del mar parece que en la orilla,
 Contra la luna, que la tierra esmalta,
 Sube una vaporosa nubecilla,
 Que se va condensando y volando alta:
 Huyendo van los peces en cuadrilla;
 El delfin manso por las aguas salta;
 Caen los cometas con sus largas colas,
 Y el somorgujo danza entre las olas.

En las galeras las aristas mete
 El viento, y de la tierra las arroja:
 Temo que al mar su habitacion inquiete,
 Si la señal de su furor nó alfoja:
 Trepando por el cáñamo el grumete,
 El lino contra el impetu recoja;
 Y tú, sábia Terpsicore, me escondas,
 Viendo el peligro sin temer las ondas.

CANTO V.

Entre las islas de la Eolia, adonde
 El dios herrero su metal congela
 Y la fragua y los ciclopes esconde,
 Forjando el arma que al gigante asuela;
 Un monte con la punta corresponde
 A tanta altura, que su cumbre vuela
 A hacer vecina su soberbia cima
 Del orbe de la luna, que está encima.

Tiene el alto pináculo en su extremo
 Con mil cerrojos de diamante puro
 La puerta fuerte, que con serlo, temo
 Los que se encierran en su centro oscuro :
 La especie del soberbio Polifemo
 Le puso por reparo bien seguro
 Contra los presos, cuya voz se escucha,
 Sin ver entre ellos la soberbia lucha.

Allí la grande multitud de vientos
 Que al orbe por sus cuatro partes giran,
 Están en los oscuros aposentos,
 Y por salir á ver la luz suspiran :
 En la dura prision están atentos
 Si les abren la puerta, y todos miran
 Si se pueden salir por los resquicios,
 Probando á veces quebrantar los quicios.

No produce esta parte algun viviente,
 Ni yerba verde su distrito seco ;
 Que solo vive allí la presa gente
 Y de las voces y el aullido el eco :
 Es de la fiera cárcel presidente,
 Que rige el antro tenebroso y hueco,
 Eolo, que manda en el oscuro espacio,
 Y tiene en él su cóncavo palacio.

Él en los escondidos aposentos
 Es quien pone en prisiones y en cadena
 Las furibundas fuerzas de los vientos,
 Y sus veloces impetus refrena :
 Él rige los soberbios movimientos
 Del Aquilon ligero, que serena
 El cielo; y echa de la oscura gruta
 Al Austro tenebroso que le enluta.

Allí se encierra el Euro ó el Levante,
 Que al rayo occidental se contrapone ;
 Al Céfiro, su opuesto semejante,
 Cuando á pisar las aguas se dispone ;
 Pero si algunas veces por delante
 Contrasto de otro viento se le o pone,
 En cólera se enciende y se alborota,
 Y con sus alas la marina azota.

Allí el hijo del Africa, Garbino,
 Está encerrado con su aliento tierno,
 Al Lebeche, su padre, tan vecino,
 Que hereda á veces el furor paterno :

Cuando este ve las ondas imagino
 Que su fuerza acompaña el mismo infierno ;
 Y porque de blandura no se precia,
 Pisa Garbino el polvo de Venecia.

Pero si acaso siente algun contraste
 De fuerza alguna de contrario viento,
 Tiende las alas por el ponto vasto,
 Las olas levantando al firmamento :
 No deja entonces en las naves trasto
 Que no le arroje al húmido elemento,
 Sembrando fiero con sus furias bravas
 De cana espuma voladoras babas.

Allí la rigurosa Tramontana
 Vive luchando, y por salir forceja ;
 Que es como viento y cual mujer liviana,
 Cosa por estas causas á ella aneja :
 Esta es quien lleva por el cielo ufana
 La escoba, con la cual le limpia y deja
 Exento de la nube que le ofende,
 Y con soplos sus lámparas enciende.

Esta al Bóreas helado engendra y eria
 Por obra abominable de adulterio
 Con el fiero Aquilon, y nos le envia
 A que hiera y maltrate el hemisferio :
 Este es el aire que la tierra enfria,
 Trayendo para el crudo ministerio
 Rayos de hielo que á la tierra arroja,
 Con que de su hermosura le despoja.

Allí del Austro enfermó la figura
 Pálida y amarilla se detiene,
 Que cargado de peste y desventura
 Sale á la tierra cuando á verla viene :
 Cuando este sale de la gruta oscura,
 Y con veloces alas se previene,
 Visita con el impetu primero
 La habitacion horrenda de Cerbero.

A la morada del trifauce pasa,
 Y luchando con él el fiero aliento
 Del cabezudo mónstruo, le traspassa,
 Emponzoñado al riguroso viento :
 Despues en la infernal y horrible casa
 Donde tienen su lóbrego aposento
 Las tres Furias, colérico se meté,
 Dándoles él su pecho por retrete.

En una nube negra se revuelve
De espesos y mortíferos humores,
Que del Estigio lago se resuelve,
Al aire levantando sus vapores :
Después, lleno de rabia, al mundo vuelve
Cargado de diabólicos furores,
Con que á las naves el camino estorba,
Haciendo al mar soberbio que las sorba.

No solamente al piélago molesta
Cuando la gente que le habita espanta,
Mas á la tierra con su soplo apesta,
Y la robusta juventud quebranta :
Mil pésimos olores manifiesta,
Y de ocultas secretas los levanta,
Y á españoles gallardos á montones
De la Francia los suele hacer varones.

Cuando este de la tierra en sazón mira
Los frutos, sin clemencia los asuela
Con las pedradas que de arriba tira
Y las fuertes pelotas que congela :
Es tan soberbio su furor y ira,
Que lleva mil demonios cuando vuela,
Y no se amansará si no le quita
El conjuro la cruz y agua bendita.

Deste traidor el labrador reniega,
Pues son todas sus obras en su daño ;
Y cuando llueve, en un instante anega
El trabajo y sudor de todo el año :
A tanta inmensidad su furia llega,
Y es tan terrible su furor extraño,
Que, no contento con sus grandes robos,
Suele arrojarnos encendidos globos.

Cuando este sopla con su furia loca,
No sigue el comun órden ni manera
De los vientos, que lanzan por la boca,
Narices y ojos el aliento afuera :
Si á soplar furibundo se provoca
Por la puerta pestifera trasera,
Como fiero demonio el viento rompe,
Y sopla el aire, y la salud corrompe.

Y así el ruido que en el aire suena,
Con que á la gente tímida amenaza,
Cuando pensamos que en las nubes truena
O que el cielo se hunde y despedaza,

Es inventiva para darnos pena
Y deste vil demonio sutil traza ;
Porque no es otra cosa, si se mira,
Sino el ruido con que el soplo tira.

Y no es gran maravilla que moleste
Por donde quiera que su soplo pasa ;
Que viento tan corrupto como este
No es mucho para el mal no tener tasa ;
Y de aquí se tomó el llamarse peste
La enfermedad que no perdona casa,
Porque este nombre *peste* es derivado
Del ruido del aire verberado.

Allí el Céfito manso , que restaura
El ánimo perdido al marinero ,
Tiene presas las alas con que el aura
Esparce por las ondas placentero :
Allí se oprime la violencia caura ,
Y tiene preso su volar ligero
Favonio , que , con Céfito abrazado ,
Ocupan solos de la cueva un lado.

Allí en efecto la caterva encierra
De los vientos el dios que los corrige ,
Y desde allí los unos da á la tierra,
Otros al reino que Neptuno rige :
Otros entre ellos con perpetua guerra
En la caverna con rigor aflige ,
Y alguna vez los ve con tal denuedo ,
Que , aunque él es su señor , les tiene miedo.

Quiso en efecto el dios que los gobierna
Que á recrearse cierta vez saliesen
De aquella oscura y lóbrega caverna ,
Y que las ondas de Neptuno viesesen ;
Y ántes de ábrir la habitacion interna ,
Y que ellos sus furores previniesen ,
Eolo , que sus impetus aplaca ,
De aquella cueva la cabeza saca.

Por el espacio de cristal rodea
La vista , y mira al uno y otro lado ,
Y cuanto con sus ojos señorea ,
De remo y vela vió desocupado :
No habian entonces de la gran Mosquea
Las espaciosas máquinas llegado ,
Y vuelto al puesto de su gente fiera ,
A los vientos habló desta manera :

« Mónstruos alados de mi grande imperio,
 Con quien el orbe universal conquisto,
 Salid del riguroso cautiverio
 A ver el golfo que tranquilo he visto:
 Ocupe cada viento el hemisferio
 Por donde con su vuelo al mundo embisto;
 Que quiero ver de todos las hazañas:
 Presurosos salid á correr cañas.

«Quédese en casa Céfiro, que es tierno,
 Y temo, si se mezcla en vuestra furia,
 Si no os refrena y rige mi gobierno,
 Que su niñez padezca alguna injuria.»
 Dijo, y abrió; y cual suele del infierno
 Salir rabiando serpentina furia,
 Por cuatro partes de la horrenda boca
 Salió bramando la progenie loca.

Ocuparon los vientos sus lugares,
 Y á correr cañas con furor acuden,
 Y á la par con denuedos singulares
 Encuentros rigurosos se sacuden.
 No dejan cosa en los tranquilos mares
 Que no la ensoberbezcan y la muden,
 Y dando por el Cimico carreras,
 Hallaron de las moscas las galeras.

Como la gruesa armada se interpuso
 Al paso de los ímpetus veloces
 De los soberbios vientos, allí el uso
 Mostraron de sus ánimos atroces:
 Ya el marinero allí se ve confuso,
 Y temor manifiesta con las voces
 Toda la turba, que turbada toda,
 A procurar remedio se acomoda.

Solo el Sicaboron no se alborota,
 Cuando á la gente el miedo sobresalta,
 Y dando esfuerzo á la medrosa flota,
 De popa en popa por las naves salta:
 «Gente, dice, sin ánimo, idiota,
 ¿Por qué el valor sin ocasion os falta?
 Canalla femenil y espantadiza,
 ¿Quién vuestro corazon atemoriza?

«¿A los vientos temeis, sin hacer cuenta
 Que los contrarios mismos que os temblaron
 Dirán á vuestros hijos por afrenta
 Que los vientos á soplos os mataron?

No temais que os anegue la tormenta,
 Cuando contra nosotros conjuraron
 Las ondas, ni que el mar se ensoberbece;
 Que todo es aire cuanto mal se ofrece.»

Saltando aprisa va de barca en barca,
 De batel en ba'el, de fusta en fusta
 El asombro soberbio de la Parca,
 Que contra su rigor furioso justa:
 Los vientos, viendo al tártaro monarca,
 Armados de su cólera robusta,
 Parten furiosos á vengar su injuria
 Contra la fuerte roca de su furia.

En un fiero huracan los vientos llegan
 Pensando hacer al pobre rey andrajos;
 Su vista horrible con su soplo ciegan,
 Escupiendos rabiosos espumajos:
 El fiero rey, que ve que en él se entregan,
 Saca la fuerte espada echando tajos;
 Que quiere con reveses y estocadas
 Los vientos retirar á cuchilladas.

Furioso juega el cortador acero,
 Mas poco allí su maña y fuerza importa;
 Que contra el viento temerario y fiero
 Ni valen golpes, ni su espada corta:
 Pasa furioso el huracan ligero;
 Queda la chusma de su furia absorta;
 El agua salta fiera y ofendida,
 Del aire bravo y de la espada herida.

Ya de la armada los soberbios cuernos
 Cercanos van á ver los de la luna,
 Y del mar en los cóncavos internos
 Luego los precipita la fortuna:
 Ya están las naves faltas de gobiernos,
 Y el fondo deilas es una laguna
 Del agua dulce de la negra nube
 Y la del mar, que por el borde sube.

Ya con la fuerza del soberbio grito
 Se aumenta entre la gente el alboroto;
 Ni el pobre galeote entiende al pito,
 Ni los soldados oyen al piloto:
 Ya se juzga el ejército precito,
 La vela sin entena, el timon roto,
 Los remos despreciados sin la sarta,
 Y el marinero triste sin la carta.

Apercíbense á dar otra carrera,
Llegando á combatir los vientos juntos,
Con que no dejen nave ni galera,
Ni vivos cuerpos sin quedar difuntos:
Soltó por su pestífera trasera
Primero el Austro tres ó cuatro puntos,
Dejando con la fuerza de sus truenos
A los soldados de sentido ajenos.

Parte el padre Lebeche y el Garbino,
Bóreas, el Aquilon y Tramontana,
Y sálenles al medio del camino
De esotros vientos la caterva insana:
Quebranta el bravo orgullo repentino
Las galeras del rey de la Tabana,
Desbarata las naves de Mirpredo,
Y hiende las del rey Asinicedo.

Solo el orgullo denodado aguarda
El del valle feroz de los barriles,
Que con violencia tal no se acobarda,
Que es un Héctor troyano, un griego Aquiles:
«Canalla, al viento dice, vil, bastarda,
Ejercitada siempre en obras viles,
Heridos volveréis á vuestra gruta
Por el espada del señor de Buta.»

A todas partes con furor esgrime,
Vomitando blasfemias por la boca,
Y cuando más el huracan le oprime,
Más á cólera y rabia se provoca:
No queda cosa, al fin, que no lastime
Del fiero viento la soberbia loça;
Mas este con mil votos y reniegos
Vomita contra el aire vivos fuegos.

Aquí y allí camina dando saltos,
Y con la ronca voz furioso anima
A los caudillos del esfuerzo faltos,
Poniendo con su vista horror y grima:
Ya la gente vencida en los asaltos,
Una della se cae, otra se arrima;
Mas él con vista y ánimo que espanta
A los unos esfuerza, á otros levanta.

Furioso pasa de una en otra banda
Cuando las olas más se ensoberbecen;
Por todas partes con esfuerzo anda
Animando las gentes que perecen:

Allí bogar á los remeros manda,
Y ellos su mandamiento no obedecen;
Mas á aquel que en hacerlo dificulta,
Entre las fieras ondas le sepulta.

Si acaso algun villano galeote
Venía á su obediencia con tardanza,
Nunca él encomendaba al fiero azote
Del cómitre soberbio la venganza;
Porque solía dejar de solo un bote,
Cuando el baston jugaba con pujanza,
Seis piojos galeotes sin cabeza:
¿A quién no espantará tanta fiereza?

No lleva en la cabeza yelmo duro,
Ni cosa que del agua le defienda;
Que por ver el ejército seguro,
Ni agua teme ni viento que le ofenda:
Armado de su acero limpio y puro,
En la ventisca funeral contienda
Se ceba, y tira por las partes varias
Estocadas de puño temerarias.

Ve que el viento pestífero enmaraña
De largas jarcias la enredada cuerda,
Sin saber en tal caso darse maña
La triste gente, con el miedo lerda:
Saca su espada el tártaro, y con saña,
Porque allí tanta chusma no se pierda,
Un tajo tira entre la turba absorta,
Que nueve cuerdas de las jarcias corta.

Mas ¡ay! que en vano su valor esfuerza,
Sin que su industria y maña le aproveche,
Si hace la fuerza de los vientos fuerza
A que el más animoso se despeche:
¿A quién no hará que el pensamiento tuerza
El furibundo soplo del Lebeche,
Y cuando aprisa va contra Favonio
El Euro, cual colérico demonio?

La helada y cana cabellera eriza
La madre vil de Bóreas arrogante,
Y por las naves pasa haciendo riza,
Sin que deje timon que no quebrante:
El Euro de su puesto se desliza;
Lebeche se le pone por delante;
Favonio, por su parte, y el Garbino
Furiosos le salieron al camino.

El Austro sale al Aquilon opuesto,
Y entre la gente con furor se mete,
Sembrando rabia por su oscuro gesto,
Y fuego por la cola, cual cohete:
Echando entonces de su furia el resto,
Furioso á las galeras arremete;
La turba al punto de los otros llega,
Y trábese más fuerte la refriega.

Ya es la victoria del Lebeche, y luego
La fiera Tramontana se la quita;
Ya el Austro se la lleva echando fuego,
Y con sus truenos la victoria grita:
Ya sale por la parte del Gallego,
Quien le enoja y á cólera le incita;
Ya Garbino la lleva, y al momento
Es la victoria y palma de otro viento.

La furia crece, y crece la violencia;
Y viendo entonces el total fracaso,
Y que no tiene alguna resistencia
Contra los vientos el ligero vaso,
Del os cielos imploran la clemencia
Las miserables gentes, y en tal caso
Las rodillas bajaron, y las manos
Alzaron á los dioses soberanos.

Confiesan que á venganza se provoca
Su dios, porque en su templo cometieron
Mil sacrilegios con audacia loca,
Por quien tales castigos merecieron:
Juran allí de no poner la boca
Donde los sacerdotes la pusieron,
Ni chupar de la lámpara el aceite,
Ni besar á las damas con afeite.

Y si el divino Júpiter les saca
Lil' res á tierra de peligros tales,
Y de los vientos el orgullo aplaca,
Y templa de las aguas los raudales,
En beneficio de la gente flaca
Prometen visitar los hospitales,
Y en recompensa y por debidas pagas
Curar los pobres y lamer sus llagas.

El rey Sanguileon á dios promete,
Viendo la cara de la muerte al ojo,
Porque el orgullo de los vientos quiete,
Y él su rigor mitigue y justo enojo,

Que envuelto en aromático pebete
Le pondrá en sacrificio un gordo piojo,
De cuya piel hará, si desta escapa,
Para su estatua una bordada capa.

El tabanESCO rey promete y jura,
Mirando al fiero mar, que muchas veces
En su centro les abre sepultura
Para hacerlos sustento de los peces,
Si de peligro tal les asegura,
Recibiendo benévolo sus preces,
De darle en sacrificios peregrinos
De una pulga los grandes intestinos.

El rey Mirpredo entre el tumulto ciego
A Júpiter promete un gran servicio,
Si por su peticion y justo ruego
Se muestra en el peligro más propicio:
Jura de dar á su divino fuego
¡Honroso y estimable sacrificio!
Dos aradores, cuya carne herede
El sacerdote, con que rico quede.

El poderoso rey Asinicedo,
Que ve con cuánta fuerza le amenaza
Del Lebeche y el Bóreas el denuedo,
Y el temor que sus ánimos abraza,
Si les destierra Júpiter el miedo,
Le ofrece por despojos de su caza
Cuatro pulgonos que la gente admiren
Y que las riendas de su coche tiren.

Solo el Sicaboron no ofrece votos,
Antes los echa con dos mil reniegos,
Blasfemando los ánimos devotos
Que ofrecen parias á los santos fuegos:
«Gente, dice, comun, de ingenios botos,
No useis llorando mujeriles ruegos,
Cuando podréis vosotros con la fuerza
Que la fortuna sus intentos tuerza.»

Llegó la vil blasfemia á las orejas
De los vientos, y viendo el menosprecio,
Dispónense á correr unas parejas,
Dando la palma al volador más recio:
Arqueó el Austro fiero las dos cejas,
Y con ojos de fuego en el rey necio,
Colérico, encaró la vista torva,
Alborotando al mar porqué le sorba.

Sobre una negra nube el viento pasa
 Lleno de rabia y de mortal congoja,
 Y apercibiendo allí la helada masa,
 La envuelve luego con la lumbre roja:
 Llena la nube de sulfúrea brasa,
 Las fuertes balas junto al fuego arroja,
 Y cuando ve que en piedra se resuelve,
 De concha entonces con furor se vuelve.

Los fuelles pestilentes apercibe,
 Sobresaltando el viento de repente
 La lumbre, porque en ella se recibe
 La furia de su soplo pestilente:
 Sañudo enciende entonces y revive
 Entre las balas la materia ardiente,
 Y en aquel mismo punto arroja y fragua
 Rayos, centellas, truenos, piedras y agua.

La nube, herida con la fuerza extraña,
 Se rompe y echa de sus negros senos
 De durísimas piedras la montaña,
 Infierno de relámpagos y truenos:
 En las galeras descargó la saña,
 Y en los navíos de soldados llenos
 Arrojó tantas piedras desde arriba,
 Que las velas dejó como una criba.

Con los terribles ímpetus desgaja
 Los anchurosos lienzos de las naves,
 Y cual suele en la arista ó leve paja,
 Hace también en los maderos graves:
 A muchas gentes el vivir ataja
 La pesada caída de las trabes,
 Que la terrible fuerza desencasa
 De las naves por donde el Austro pasa.

Llegan los otros al instante mismo,
 Y entre la gente misera descargan
 De las ondas del mar un fiero abismo,
 Y de las aguas que las nubes cargan:
 Las gentes del soberbio tabanismo
 Unas con otras con temor se adargan,
 Anegando la furia repentina
 La turba mirmiliona y la mosquina.

El caballero tártaro, que mira
 Con cuánta fuerza hiere y amenaza
 El fiero viento, que pedradas tira
 Y galeras y naves despedaza,

Colérico y sañudo se retira,
 Y con el cuerpo de un timon se abraza;
 Que sin reparo el triste no se atreve
 A resistir que el viento no le lleve.

Los fuertes brazos denodado traba,
 Y al grueso leño con esfuerzo traba,
 Mientras la rigurosa escaramuza
 De los vientos coléricos se acaba:
 Mil almas en el piélagó zampuza
 El Austro fiero con su furia brava,
 Y con la fosca vista y torvo ceño
 Presuroso arremete contra el leño.

Por todas partes el soberbio pino
 De muchos vientos el furor rodea,
 Con cuyo sobresalto repentino
 El árbol temerario titubea:
 El Lebeche furioso sobrevino,
 Que el árbol alto de su altura apea,
 Y al fin fué tal del viento la codicia,
 Que el timon de su sitio se desquicia.

Con la grande caída el árbol bronco
 Tocó las aguas con su altiva cima,
 Echando al rey, asido por el tronco,
 Del borde de la nave por encima:
 Sacando entonces el acento ronco,
 El barriliense la caterva anima,
 Y puesto como pudo en una tabla,
 Contra los cielos mil injurias habla.

Camina el denodado caballero
 Caballero en la tabla que su vida
 Entonces guarda del peligro fiero,
 Sin ser entre las ondas sumergida:
 Desnudo lleva el cortador acero,
 Que vengar le compete la caída;
 Y mirando las nubes con mil quejas,
 Mil veces puso el dedo entre las cejas.

Fué tanto el grito de la pobre gente,
 O fuese el golpe del timon caído,
 O las blasfemias con que el insolente
 Tártaro altera el mar con su ruido,
 Que hasta en su alcoba el dios Neptuno siente
 Que su hermoso cristal es ofendido,
 Y saliendo á mirar sus claras linfas,
 Oyó el lamento de sus bellas ninfas.

Abrió entonces colérico la puerta,
 Cuando miró en su umbral el dios marino
 A Anftrite de espanto medio muerta,
 Y pálido el color de Tétis y Ino:
 Huyendo vino aprisa Melicerta,
 Y Glauco temeroso aprisa vino;
 Los piés movió turbada Panopea,
 Y Dóris con la ninfa Galatea.

« ¿ Quién diablos, dijo con la vista torva,
 Vuestro sosiego sin temor perturba?
 ¿ Quién el camino por el mar estorba,
 Y mis cristales con auilacia turba?
 Abrase el mar porque al instante sorba
 Entre sus ondas la atrevida turba;
 Dadme al momento el heridor tridente,
 Daré fin á su término insolente. »

« Señor, dijo un triton, estos garbinos
 Que Eolo en su cueva oscura rige,
 Han dado al traste hoy con los mosquinos,
 Por cuya causa su nacion se aflige;
 Y si acaso en favor de tus marinos
 Tu fuerza sus orgullos no corrige,
 Nadie estará seguro de sus sañas,
 Y cada dia vendrán á correr cañas.

« ¿ Cómo será posible que tus gentes
 Puedan vivir en tu servicio gordos,
 Si en favor de traidores delincuentes
 Tus oídos permites que estén sordos?
 ¿ En tu palacio alguna vez no sientes
 Los recios y fortísimos bohordos
 Que tira el Austro cuando al mar asalta,
 Con que tus bellas ninfas sobresalta?

« No ha quedado galera á quien no haya
 Dado con sus carreras un mal rato,
 Deshecho á mil navios en la playa
 Con repentino estrépito y rebato:
 Manda, señor, que un mensajero vaya,
 Y á Eolo reprenda su mal trato,
 Y aun castigue la páfida insolencia
 De perturbar el mar sin tu licencia. »

« Yo lo jurara que los vientos eran,
 Dijo Neptuno, los que tal estrago
 Han hecho por el mar y los que alteran
 De mis cristales el hermoso lago:

Dadme el tridente, los soplones mueran;
 Por mi cabeza juramento hago
 Que se han de ver sus cóleras difuntas
 A fuerza del rigor de mis tres puntas.

« Pero no sera justo que se diga
 Que una canalla que en cadenas mora,
 Al dios que rige el mar inmenso obliga
 A castigar su cólera traidora:
 Otro mejor camino es bien que siga;
 Que este mi sér y calidad desdora:
 Mejor será enviar quien en mi nembre
 Su atrevimiento riña y fuerza asombre.

« Rompa las aguas un triton volando,
 Y déle á Eolo de mi enojo nueva,
 Al cual le notifique que le mando
 Que emprisione los vientos en su cueva;
 Y que otra vez de veras ni burlando
 A darles suelta por el mar se atreva,
 Si no quiere que yo... Mas basta esto:
 El triton se despache, y vuelva presto. »

La cabeza bajó el triton ligero
 En señal de obediencia, y sin tardanza
 Sobre un delfin se planta, y caballero
 Va por el mar, y entre sus olas danza:
 Saca en la orilla el cuerno mensajero,
 Y soplando por él con gran pujanza,
 Relata su embajada, y al momento
 Vuelve el delfin las ancas al dios viento.

El dios Eolo, entonces lleno de ira,
 Suspenso estuvo con la nueva un rato,
 Y á la cueva enojado se retira
 Porque se cumpla el imperial mandato:
 Con rabia grande los cerrojos tira,
 Y el Céfiro saliendo hermoso y grato,
 Poniéndose á su dios y rey delante,
 Le trocó la tristeza en buen semblante.

Que, como cuando el dios omnipotente
 La tierra con los rayos amenaza,
 Si Ganimédes con su hermosa frente
 Hace á su dios de su hermosura plaza;
 Si á Júpiter le lleva por presente
 Del mosto celestial la llena taza,
 Al dios altitonante desenoja,
 Y el furor de su cólera le afloja;

Así cuando el furor y rabia crece
 En el dios que los vientos emprisiona,
 Si allí el humilde Céfito parece
 Con su divino talle y su persona,
 Si ricos besos á su dios le ofrece,
 Y él bebe el aura dulce y regalona,
 Desecha el vulto y el aspecto triste,
 Y de hermosura y resplandor se viste.

« Corre al mar, dijo al Céfito, y al punto
 Tus vuelos por el Címico derrama,
 Y de los vientos al estruendo junto
 A mi mandado y obediencia llama:
 Apacigua las aguas, que barrunto
 Que el mar herido por los aires brama;
 También quedito al dios Neptuno llega,
 Y su furor y cólera sosiega.»

Sale á hacer el mandado, y no discrepa
 La ejecucion un punto del intento,
 Y en la region acelerada trepa
 Con lento y agradable movimiento:
 Busca sus compañeros porque sepa
 La intencion de su rey cualquiera viento;
 Llega á Neptuno y su furor amansa,
 Y con su vista el fiero mar descansa.

Rinde tranquilo el cristalino paso
 A las sin forma naves y galeras,
 Que dudan tras el misero fracaso
 La entrada por las próximas riberas:
 Muéstrase el cielo sin las nubes raso,
 Y amedrentadas las naciones fieras,
 Las manos juntas para el cielo empinan,
 Y á la corva ribera se avecinan.

Las primeras galeras que llegaron
 Fueron de las cortezas singulares
 Que los soldados cénzalos quitaron
 A la pulgona gente los habares;
 En el arena el áncora aferraron,
 Si puede ser que al áncora compares,
 Lector, el garabato en la corteza
 Que á las habas les dió naturaleza.

No hubo en los demás algun soldado,
 Aunque cansado de tan dura guerra,
 Que aguardase á salir del mar salado,
 Porque el esquife le pusiese en tierra;

Que unos salieron con presteza á nado,
 Mientras en tierra el áncora se afierra;
 Otros echando por el aire el vuelo,
 Pisaron presto el arenoso suelo.

El rey Sicaboron solo y remoto
 Algun peligro temó que padezca,
 Y sin nave, sin gente y sin piloto
 Pesaráme en el alma que perezca:
 Ruéguele á la fortuna algun devoto
 Que á mi musa con vida se le ofrezca,
 Porque el suceso de su mal le cuente,
 Y ella lo mismo á la curiosa gente.

CANTO VI.

¿Quién puede ser quien á mi musa admira,
 Y con su vista su hermosura espanta?

¿Qué cosa nueva por el golfo mira,
 Que las treguas del ocio le quebranta?

¿Qué oculta fuerza sin templar la lira,
 A que cante la fuerza, y versos canta?

¿Quién mi pesada mano facilita
 Para escribir lo que su voz me dita?

¿Qué Meguera infernal las aguas hiende,
 Y dando en ellas temerarias coces,
 Con piés y manos su cristal ofende
 Y al cielo con la fuerza de sus voces?

¿Qué temerario mónstruo el aire enciende
 Con fuego de sus ojos, tan atroces,
 Que en humo el agua convertida sube,
 Resuelto su vapor en negra nube?

¿Es por ventura el mónstruo horrendo y feo
 Que nadando á la orilla se endereza,
 El que contra las hijas de Cefeo
 Envió de las diosas la dureza?
 Mas no; que el valentísimo Perseo
 Ya triunfó de su indómita cabeza,
 Despues que la saxifica Gorgonia
 Cortó con el escudo de Tritonia.